ENTRE EL RENACIMIENTO Y LA MODERNIDAD: FRANCISCO SUÁREZ (1548-1617)

COLECCIÓN

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISPÁNICOS EN LA MODERNIDAD (IEHM)

Esta colección pretende recoger estudios que analicen desde las perspectivas filosófica, filológica, histórica, jurídica y teológica la historia de las ideas de origen hispánico desde el Renacimiento hasta la primera mitad del siglo XVIII. Por su naturaleza interdisciplinar, da cabida a trabajos de diferente orientación. Publica, de manera preferente, aquellas contribuciones propias de las líneas de investigación del Instituto de Estudios Hispánicos en la Modernidad. Además de los grandes temas del hispanismo moderno, la colección contempla también algunos estudios particulares sobre el caso balear.

CONSEJO EDITOR – EDITOR ADVICE

Jaume GARAU AMENGUAL (Director)

Rafael RAMIS BARCELÓ (Subdirector)

Fernando RODRÍGUEZ-GALLEGO (Secretario)

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Juan CRUZ CRUZ (Universidad de Navarra)

José Luis FUERTES HERREROS (Universidad de Salamanca)

José JUAN VIDAL (Universitat de les Illes Balears)

Jose MEIRINHOS (Universidade do Porto)

Tomàs de MONTAGUT i ESTRAGUÉS (Universitat Pompeu Fabra)

Pere J. QUETGLAS NICOLAU (Universitat de Barcelona)

Josep-Ignasi SARANYANA CLOSA (Pontificio Comité de Ciencias Históricas)

Lia SCHWARTZ (The Graduate Center. University of New York)

Edwin WILLIAMSON (University of Oxford)

José Luis Fuertes Herreros
Manuel Lázaro Pulido
Ángel Poncela González
Mª Idoya Zorroza

ENTRE EL RENACIMIENTO Y LA MODERNIDAD: FRANCISCO SUÁREZ (1548-1617)

Editorial Sindéresis
2019

1ª edición, 2018

© Copyright.- *Entre el Renacimiento y la modernidad: Francisco Suárez (1548-1617)*

© 2018, editorial Sindéresis
Venancio Martin, 45 – 28038 Madrid, España
Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal
info@editorialsinderesis.com
www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-16262-85-4
Depósito Legal: M-20964-2019
Produce: Óscar Alba Ramos

Impreso en España / Printed in Spain

Este libro ha sido financiado gracias a la ayuda de la Vicepresidència i Conselleria d'Innovació, Recerca i Turisme y cofinanciado por el Fondo Social Europeo.
Direcció General d'Innovació i Recerca, del Govern Balear

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ÍNDICE

Datos de los autores 7

Presentación 13

Francisco Suárez y el problema de los universales: ¿una solución nominalista?, *Ángel Poncela González* 19

Francisco Suárez y René Descartes. Una reflexión acerca de la modernidad, *Ignacio Verdú Berganza* 33

Presencia de Suárez en la Filosofía moderna. Kant, *Metafísica-Dohna, Ana María Andaluz Romanillos* 45

La *realitas objectalis* in Francisco Suárez e la sua influenza sulla *Schulmetaphysik, Ilaria Acquaviva* 67

La dependencia efectiva de Suárez ante la mera asociación modal y la correlación, *Leon Ka* 91

L'influence de F. Suárez sur R. Descartes: le cas de la *Lettre CDXVIII* (AT, IV, 348-350), *Florin Crîșmăreanu* 103

La demostrabilidad de la existencia de Dios: Francisco Suárez en el contexto de los maestros jesuitas de Teología y en la lectura de Pedro de Godoy, OP, *Mauro Mantovani* 123

A relação entre providência divina e liberdade humana no debate da Escolástica Ibérica sobre a Redenção e a Glória, *Samuel Dimas* 149

Una respuesta integral del dominio en Suárez: de la *imago dei* al *usus rerum, Mª Idoya Zorroza* 167

El tirano y el derecho de resistencia: la libertad y la defensa del *corpus politicum* en Francisco Suárez, *Cintia Faraco* 181

Vitoria y Suárez frente al tiranicidio, *Simona Langella* 199

Guerra y paz: de Erasmo a Suárez, *Martín González Fernández* 213

Rivadeneira et la justification interminable du théologico-politique, *Jean Paul Coujou* 229

La configuración y el desarrollo universitario del suarismo en el siglo XVII, *Rafael Ramis Barceló* 267

De Suárez a Lacan. La perversión de la ficción, *Ignacio González García* 293

FRANCISCO SUÁREZ Y RENE DESCARTES
UNA REFLEXIÓN ACERCA DE LA MODERNIDAD

Ignacio Verdú Berganza

> "Se hallan de tal forma trabadas estas verdades y principios metafísicos con las conclusiones y discursos teológicos, que si se quita la ciencia y perfecto conocimiento de aquellas, tiene necesariamente que resentirse también en exceso el conocimiento de éstas. Llevado pues por estas razones y por el ruego de muchos, determiné escribir previamente esta obra, en la cual incluyese todas las disputaciones metafísicas, sujetas al método expositivo que fuese más conveniente para su comprensión y para su brevedad y que sirviese mejor a la sabiduría revelada"[1].
>
> "Tenía un gran deseo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso con la finalidad de ver claro en mis acciones y de avanzar con seguridad en esta vida"[2].
>
> "Hay, finalmente, ídolos introducidos en el espíritu por los diversos sistemas de los filósofos y los malos métodos de demostración; los llamamos ídolos del teatro, porque cuantas filosofías hay hasta la fecha inventadas y acreditadas, son, según nosotros, otras tantas piezas creadas y representadas, cada una de las cuales contiene un mundo imaginario y teatral. […] La tradición, una fe ciega y la irreflexión han dado toda la autoridad"[3].

Los tres textos con los que inicio esta reflexión, el primero de ellos, como todo el mundo reconocerá, de Francisco Suárez, el segundo, no menos conocido, de Renato Descartes, y el tercero, también fácil de identificar de otro Francisco, en este caso inglés, Bacon, representan, como espero poder mostrar, sensibilidades distintas, intenciones dispares y comprensiones diversas de lo que es sabiduría; y, por ello mismo, son ejemplos de mundos que, aun cuando estén inevitablemente cercanos, tanto que no pueden uno ser sin el otro, se alejan a paso firme. Y es que, lo que hemos denominado modernidad en la historia de la filosofía, asunto de orden no cronológico y, por tanto, difícil de determinar, si bien le deberá mucho a la obra filosófica y jurídica del pensador español, innovador y original en muchos aspectos, vendrá definida por el modo de hacer de

---

1 Francisco Suárez, *Disputaciones metafísicas (que abarcan toda la doctrina de los doce libros de Aristóteles),* (Madrid: Editorial Gredos, Biblioteca Hispánica de Filosofía, 1960), Proemio, 204. (En adelante citaré esta obra del siguiente modo: F. Suárez, *Disputaciones metafísicas*).

2 René Descartes, *Discurso del método (para dirigir adecuadamente la razón e indagar la verdad en las ciencias)* (Madrid: Ediciones Alfaguara, 1987): 9.

3 Francis Bacon, *Novum Organum (aforismos sobre la interpretación de la naturaleza y el reino del hombre)* (Barcelona: Ediciones Orbis, 1985), I, 44, 32-33.

hombres cuya actitud ante la filosofía estará más acorde con la del pensador francés o con la del ilustre inglés.

Sin embargo, sería absurdo e injusto no tener en cuenta ciertos datos. Francisco Suárez tenía 13 años cuando nació Francis Bacon, allá por el 1548, y muere solo un año antes que el pensador inglés, que murió en 1618. Por su parte, Descartes tenía 21 años cuando murió Suárez, y le sobrevivió 33 años, hasta que en 1650 una neumonía acabó con su vida. Podría decirse, por tanto, que son pensadores contemporáneos. Cierto que unos más jóvenes que otros, pero esto tan solo supone, como de hecho ocurrió, que unos pudieron influir en otros; como es el caso, bien estudiado, del autor de las *Disputaciones metafísicas* leído y aprovechado por el creador de las *Meditaciones metafísicas*. Y, sin embargo, en un cierto sentido, pertenecen ya a mundos distintos.

No cabe discutir, pues es cosa bien sabida y contrastada, que Suárez fue un pensador y un profesor de extraordinarios prestigio y reconocimiento entre sus contemporáneos, por la brillantez de sus obras y lo osado de alguno de sus planteamientos; extraordinariamente novedosos en más de un aspecto.

En 1561 abandonó su Granada natal y se trasladó a Salamanca, en donde entrará en la compañía de Jesús e iniciará y terminará sus estudios de filosofía y teología. Como es natural, allí conocerá en profundidad el pensamiento de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino, al que Francisco de Vitoria había logrado adaptar a un mundo cambiante. Cabe pensar que es en Salamanca en donde, tal vez a través de las lecciones de Fray Luis de León, que explicaba las doctrinas del nominalista Durando de San Porciano, se formó en las novedosas enseñanzas de "nominales", que tanta influencia tendrán en su obra filosófica. Y, muy probablemente, es también allí en donde entraría en relación con el pensamiento renacentista de autores, citados en sus obras, como Vives, Ficino, Pico, Pomponazi…

Con 22 años iniciará su exitosa carrera docente; de 1571 a 1574 impartirá lecciones en Segovia y de allí se trasladará a Ávila, Valladolid, Roma, Alcalá, Salamanca, para, finalmente, como reconocimiento a toda su labor y a su indiscutible autoridad, tras doctorarse en Évora, y por decisión expresa del Rey Felipe II, en 1597 ocupar la Cátedra de prima de la Universidad de Coimbra, culminación de toda una vida dedicada al estudio y la enseñanza.

Es interesante reseñar, así mismo, que, como miembro de la Compañía de Jesús y hombre afamado por su profundidad y rigor, colaboró en la elaboración del Plan de Estudios de la Compañía, intervino en la disputa entre el Papa Paulo V y el rey inglés Jacobo I, y en la que enfrentó a Venecia con Roma, por lo que el Papa, agradecido, en 1607 le nombró Doctor Eximio y Piadoso, así como fue un activo e implacable polemista, defensor de las ideas de Molina, enfrentado a las posiciones defendidas por los dominicos en la polémica cuestión *De Auxiliis*.

Sin embargo, es importante señalar que, aun alcanzando el éxito ya indicado, no todo fue fácil y cómodo para el pensador español, pues, tanto en el campo de la enseñanza como en la del pensamiento propiamente dicho, destacó por la originalidad y la innovación, lo que le supuso críticas y duros enfrentamientos.

Pronto fue consciente de las reticencias que despertaba su novedoso, en tanto que alejado de la tradición, modo de impartir las lecciones. La costumbre era leer (enseñar) sirviéndose de lo que se llamaba cartapacios (conjunto de apuntes), siguiendo una rutina ya establecida, pero Francisco Suárez, consciente de que los asuntos tratados no estaban abordados ni en la profundidad que merecen ni exhaustivamente en los cartapacios, decide plantear preguntas nuevas, suscitar dudas y enfrentar las cuestiones con mayor radicalidad, pues es lo que merecen.

> "El modo de leer que yo tengo –podemos leer en una carta datada el 10 de Abirl de 1579 y dirigida al Padre General Everardo Mercurián– que es diferente de lo que los más usan por acá, leyendo las cosas más por tradición de unos a otros, que por mirallas hondamente y sacallas de sus fuentes… Yo he procurado salir de este camino y mirar las cosas más de raíz, de lo cual nace que ordinariamente parece llevan mis cosas algo de novedad, quier en la traza, quier en el modo de declarallas, quier en las razones, quier en las soluciones de dificultades, quier en levantar algunas dudas que otros no tratan de propósito… y de aquí pienso que resulta que, aunque las verdades que se leen no sean nuevas, se hagan nuevas por el modo, o porque salen algo de la vereda de los cartapacios"[4].

Como teólogo, su verdadera vocación, aparte de una profunda y extensa producción en la que aborda cuestiones de enorme calado (como la divina substancia y sus atributos, la divina predestinación y reprobación, el Santísimo Misterio de la Trinidad, la creación, la fe, la esperanza y la caridad, el último fin de los hombres…) se enfrentará directamente a los dominicos, y en concreto a Domingo Báñez, defendiendo, con originalidad, lo esencial de las ideas expresadas por Molina en su novedosa *Concordia*, en tratados sobre la ciencia divina de los futuros contingentes, Sobre el concurso, la moción y el auxilio de Dios, sobre el auxilio eficaz, sobre la libertad de la voluntad divina o sobre la gracia, entre otros.

En el ámbito de la filosofía del derecho destacará por dos obras, muy diferentes, pero ambas de gran impacto. La primera de ellas, *De Legibus ac Deo legislatore*, será una especie de gran enciclopedia jurídica en la que con rigor filosófico y con un estilo propio, como hará en las *Disputaciones*, desarrollará tesis de enorme influencia sobre el derecho natural, las leyes civiles, las obligaciones de conciencia, y, como no, sobre el origen y fin de las leyes. Por su parte,

---

[4] R. de Scorraille, *El Padre Francisco Suárez de la Compañía de Jesús* (Barcelona: Editorial y Librería Pontificia, 1917): 156.

la segunda, conocida como *Defensio fidei*, escrita a petición de la Santa Sede, enfrentada con Jacobo I de Inglaterra, contendrá, entre otras cosas, un profundo tratado sobre el poder del príncipe y la soberanía popular, y suscitará encendidas reacciones, llegando a ser quemada en público en Londres y condenada en Francia.

Sin embargo, aun habiendo alcanzado Suárez enorme reconocimiento tanto en su labor de teólogo como en su labor de filósofo del derecho, será su trabajo como metafísico el que terminará por reportarle mayor fama y renombre, gracias, sin duda, a sus *Disputaciones metafísicas*.

Como ha sido señalado en múltiples y serios trabajos, las *Disputacione*s son una obra extraordinaria por varios motivos. En primer lugar, es necesario recordar que no se trata tan solo, y no sería poco, de un comentario a la *Metafísica* de Aristóteles, como muchos otros elaborados en el periodo histórico que nos ocupa.

Sin duda, Aristóteles es la referencia fundamental, hasta el extremo de que Francisco Suárez, temiendo que los lectores pudiesen tener dificultades para leer con provecho su obra, introduce en la misma un índice, generoso en el detalle, elaborado por él mismo, en el que expone cuantas cuestiones trató el filósofo en sus libros de metafísica. Y así, escribe en la exposición del motivo y plan de la obra al lector: "Mas como habrá muchos que deseen tener toda esta doctrina en cotejo con los libros de Aristóteles, no sólo por ver cuáles son los principios de tan gran filósofo que le sirven de fundamento, sino también para que su uso les sea más fácil y útil para entender a Aristóteles, también en este punto procuré ser útil al lector mediante un índice elaborado por mí, en el que –con una lectura atenta– se podría comprender y retener de memoria con suma facilidad –si no me engaño– cuantas cosas Aristóteles trató en sus libros de metafísica; y a su vez se podrán tener a la mano todas las cuestiones que suelen suscitarse en la exposición de dichos libros"[5].

Las *Disputaciones*, en su momento, suponían una osada novedad. La obra manifiesta una intención sistemática por parte de su autor, que, movido por el deseo de abordar con rigor y radicalidad las cuestiones metafísicas, deja de lado el texto aristotélico, desordenado y falto de la claridad necesaria, para proponer un nuevo modo de tratar los problemas. El modo establecido de hacer metafísica, siempre al hilo de un comentario a la obra aristotélica, es abandonado en aras de una mayor claridad y un más preciso tratamiento de asuntos que es necesario aclarar. El propio Suárez, como no podía ser menos, es muy consciente de que también en este caso, como ya le ocurrió en su labor docente, rompe con una tradición, pues las *Disputaciones* son una obra sin precedentes desde, tal vez, Avicena; y es por ello por lo que escribe: "Y por haber creído siempre que gran parte de la eficacia para comprender los problemas y profundizar en ellos

[5] Suárez, *Disputaciones metafísicas*, Motivo y plan de toda la obra; al lector, 19.

radica en el método oportuno de investigación y enjuiciamiento, que solo con dificultad y acaso ni así siquiera podría yo seguir, si –según la costumbre de los expositores– trataba todas las cuestiones ocasionalmente y como por azar, tal y como surgen a propósito del texto del Filósofo, por ello juzgué que sería más útil y efectivo, guardando un orden sistemático, investigar y poner ante los ojos del lector todas las cosas que pueden estudiarse o echarse de menos referentes al objeto total de esta sabiduría"[6].

Las *Disputaciones*, pues, se proponen como una novedosa exposición sistemática de todas las cuestiones que han de ser tratadas en el campo de la metafísica. Y este, como veremos, será sin duda uno de los motivos de su gran éxito. Pero no es solo por esta razón por la que esta obra resulta extraordinaria. Precisamente movido por el deseo de abordar con el máximo rigor todos los asuntos y buscar las respuestas definitivas a problemas largamente discutidos desde antiguo, el Doctor Eximio intenta no olvidar ninguna de las soluciones propuestas y entra en diálogo con sus autores, en busca de la verdad. La impresionante erudición desplegada, siendo 7718 el número de citas, el vastísimo conocimiento de las fuentes clásicas y medievales, la referencia precisa al pensamiento de sus contemporáneos[7], lejos de hacer de las *Disputaciones* una producción de carácter meramente ecléctico, muestran el vigor de un filósofo, empeñado en la tarea de elaborar un pensamiento propio, original, que recoja críticamente y no olvide lo hecho por los grandes pensadores de la historia.

Por otra parte, es importante señalar que, entre 1597, que es cuando aparece la obra en Salamanca, y 1636, se llevaron a cabo un gran número de ediciones de la obra, tanto en París (1605), Venecia (1605, 1610 y 1619) y Génova (dos ediciones en 1614), como en Maguncia (1600, 1605, 1614 y 1630)[8]. Y es que la obra del pensador español, por su sistematicidad y claridad en el tratamiento de las cuestiones metafísicas, *alcanzó un reconocimiento sin precedentes*. Utilizada sin duda como herramienta en las contiendas teológicas contrarreformistas, fue, del mismo modo, acogida con gran interés y estudiada intensamente en el contexto protestante, hasta el extremo de convertirse en un clásico en universidades como las de Leipzig, Giessen, Rosstock, Helmsted, Jena, Tübingen…

No es razonable, por tanto, aunque solo sea atendiendo a los datos históricos, poner en duda la influencia y presencia del pensamiento de Suárez en lo que hemos dado en llamar, en historia de la filosofía, la modernidad. Pero es aún menos razonable hacerlo si fija uno su atención en el contenido de su creación filosófica, incluido su tratado *De anima*, y en algunas de las ideas clave que

---

6 Suárez, *Disputaciones metafísicas*, Motivo y plan de toda la obra; al lector, 18.

7 Sobre este particular es de enorme interés: J. Iturrioz, "Fuentes de la metafísica de Suárez", *Pensamiento: Revista de investigación e información filosófica*, 4 (1948): 31-90.

8 J.-P. Coujou, *Bibliografía suareciana*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Cuadernos de Pensamiento Español, Pamplona, 2010, 21.

están presentes en la producción de pensadores como Descartes, Leibniz o Wolf; como es bien sabido, lectores confesos del jesuita español[9].

Son muchos y muy valiosos los trabajos que muestran, precisamente, la importancia de la obra filosófica de Francisco Suárez para los pensadores posteriores, quienes bebieron de esta fuente, si bien no siempre lo reconociesen, siguiendo la nueva senda abierta por el Doctor Eximio en importantes cuestiones o utilizando los precisos conceptos propuestos por éste.

Cuando hablo de una nueva senda abierta no me refiero tan solo al hecho de que se distancie del molde aristotélico para abordar las cuestiones metafísicas sino también, y muy especialmente, al hecho de que en asuntos de suma importancia presenta enfoques, formulaciones y soluciones alejadas de la tradición tomista o novedosas y originales que, en gran medida, asumirán los pensadores considerados modernos.

Merece la pena que, aunque sea someramente, nos detengamos un momento en este punto y señalemos algunas de estas influyentes propuestas.

De especial interés resulta el modo en que Suárez, en los textos que conservamos de su estudio y comentario del *De anima*, como ha mostrado Leopoldo Prieto[10], considera la posibilidad de que una facultad cognoscitiva conozca algo en ausencia del algo correspondiente en virtud de la omnipotencia divina, tesis ya propuesta por Guillermo de Ockham, deslizando, en un cierto sentido, la idea de que Dios podría inducir al error al mover la facultad cognoscitiva sin que haya objeto real alguno de conocimiento.

Es interesante acudir a los textos: "En el plano de la posibilidad absoluta, es posible el conocimiento de un objeto ausente por los sentidos externos […] Una objeción: pero en tal caso, Dios sería autor del error. Respuesta: en absoluto; se limitaría a permitir el error del sentido, porque mientras Dios produce auténticas especies en el ojo, el hombre yerra al juzgar que el objeto le está presente"[11], "el sentido externo puede conocer la cosa ausente en virtud del poder divino. […] Replicarás entonces diciendo que en tal caso Dios engañaría. Pero hay que negar tal cosa, porque únicamente permitiría el error en lo que se refiere a la pre-

---

[9] En verdad, Descartes tan sólo cita en una ocasión, en toda su producción, a Suárez; en concreto, y sin querer darle mucha importancia, en sus "Respuestas" a las "Cuartas Objeciones" de Arnauld en las *Meditaciones metafísicas*, a propósito, en este caso, de la verdad y la falsedad "materiales". De acuerdo con la traducción que aporta Francisco T. Baciero Ruiz en su excelente artículo: "El genio maligno de Suárez: Suárez y Descartes", *Pensamiento*, 63, nº 236 (2007): 303-320, Descartes afirma: "temería quizás, ya que nunca dediqué mucho tiempo a leer los libros de los filósofos, no haber seguido suficientemente su modo de hablar, al decir que las ideas que proporcionan al juicio materia de error son *materialmente* falsas, si no fuera porque en el primer autor que cayó en mis manos, encontrara la voz *materialiter* tomada con la misma significación, a saber, en Francisco Suárez, disputación metafísica 9, sección 2, número 4".

[10] Leopoldo Prieto, "Ockham, Suárez y Descartes: transición de las noéticas tardomedievales a la filosofía moderna", *Anales del seminario de Historia de la Filosofía*, 33, nº 1 (2016): 33-57.

[11] Prieto, "Ockham, Suárez y Descartes", 43.

sencia junto al cognoscente del objeto, no en lo relativo a la especie verdadera del objeto, que Él mismo pondría por su poder divino en el cognoscente"[12]. En ambos textos, el primero perteneciente al original de Suárez y el segundo a la paráfrasis llevada a cabo por Baltasar Álvarez y aparecida como edición príncipe del tratado sobre el alma del Doctor Eximio en 1621, se remarcan dos ideas muy importantes: que podemos ver, oír, tener noticia del mundo en ausencia de éste, por acción divina, y que esto no quiere decir que Dios nos engañe; en todo caso nos engañaríamos nosotros al no reconocer adecuadamente el origen de la noticia. Y será, sin duda, esta cuestión, la de reconocer cuál es en verdad el origen de nuestras noticias del mundo, una de las grandes cuestiones de la filosofía moderna. El conocimiento dejará de definirse formalmente por su relación natural y necesaria con la cosa. La intencionalidad clásica de la filosofía escolástica y la subsiguiente idea de certeza entrarán en crisis, y el criticismo y el escepticismo cobrarán nuevo protagonismo.

Sabido es, por otra parte, que Descartes había leído y estudiado las *Disputaciones*, tras la redacción del *Discurso del método*, allá por 1640, a raíz de la controversia con el padre Bourdin[13]. En la respuesta a las cuartas objeciones, hechas por Arnauld, reconocía, de hecho, utilizar términos del mismo modo y en el mismo sentido que un autor que, por azar afirma, había caído en sus manos: Suárez. Se trataba, según su confesión, de las *Disputaciones*, naturalmente, y en concreto de la novena, dedicada a *la falsedad y lo falso*.

Allí, entre otras muchas cosas de sumo interés, afirmaba el pensador jesuita: "Se objetará: a veces el entendimiento puede ser obligado por una causa extrínseca, como Dios o un ángel, que si es malo, puede proponer algo falso de tal manera que al entendimiento no le quede posibilidad de disentir. Y se confirma: hay ocasiones en que la misma evidencia es solo aparente; luego en tales casos puede versar sobre lo falso y, sin embargo, no ejercer sobre el entendimiento menor fuerza obligatoria que si fuera verdadero. Se responde: ciertamente, es posible que Dios influya sobre el entendimiento humano de manera necesitante, incluso en cosas no evidentes; pero este modo de obrar se encuentra fuera o por encima de la naturaleza del entendimiento, y ahora solo hablamos de lo que está en conformidad con ella. Más, admitido el milagro, la sana doctrina de los teólogos enseña que Dios no puede inducir a falsedad al entendimiento, ya que esto repugna a la bondad tanto como la mentira"[14].

El paralelismo con lo afirmado por Descartes en las *Meditaciones Metafísicas* es notorio; y si bien es verdad que ciertos matices, importantes, separan a uno y otro pensador, lo cierto es que ya no se trata sólo del sentido externo, sino del entendimiento mismo, y se propone la posibilidad de que Dios omnipotente

---

12 Prieto, "Ockham, Suárez y Descartes", 42.

13 Sobre este asunto aporta una preciosa información Francisco T. Baciero Ruíz en su ya citado artículo "El genio maligno de Suárez: Suárez y Descartes", *Pensamiento*, 63 (2007): 303-320.

14 Suárez, *Disputaciones metafísicas*, disp. 9, sección, II, 7, 195.

o un ángel (genio) maligno nos confunda, para finalmente señalar la imposibilidad de que nos engañe Dios, siendo como es perfectamente bueno.

Por otra parte, como ha señalado brillantemente José Ángel García Cuadrado[15] en su estudio de la armonía de las facultades en la gnoseología de Francisco Suárez, tanto en el tratado sobre el alma como en las *Disputaciones*, aunque aquí, tal vez de un modo más matizado, el doctor eximio se esfuerza en mostrar la enorme dificultad que hay para entender cómo pueden entrar en relación lo material y lo espiritual, cómo entender la correspondencia entre los movimientos acecidos en un orden y los acecidos en el otro, ensayando una solución mediante la doctrina de la concomitancia y simpatía de las potencias. Ya en su tratado *Sobre los ángeles* planteaba la cuestión con toda claridad y crudeza: "Una cosa material no puede actuar sobre el espíritu, porque no existe proporción con él, la cual es necesaria entre el agente y el paciente. Y por la misma razón un objeto material no puede producir una forma espiritual por su virtud natural, porque está en un orden completamente inferior"[16]. Parece claro que Suárez fue consciente de la dificultad de explicar este asunto, el del conocimiento humano, en su sentido más amplio, acudiendo a una tradición que se apoyaba en las categorías propias de la causalidad del mundo físico; y, de nuevo, apuntó en una dirección que tomaría, como propia, la filosofía moderna.

A todo esto, como señala Sergio Rábade[17], podemos añadir, como claro antecedente a la distinción entre realidad formal y realidad objetiva que encontramos en la tercera meditación cartesiana y en otros autores modernos, la distinción entre concepto formal y concepto objetivo, que sin ser original de Suárez, recibe la formulación definitiva en el inicio de la sección primera de la disputación segunda[18].

Por último, pues no es mi intención hacer un estudio pormenorizado de la influencia de Suárez en los autores posteriores, señalaré tan solo algunos otros asuntos no menos importantes. Así, por ejemplo, el nuevo tratamiento de los modos, y la consecuente distinción modal, en la disputación VII, sección primera[19], que influirá claramente en Descartes o Spinoza; el rechazo de todo principio de individuación distinto de la propia realidad individual, el tratamiento de la causalidad, o la concepción de la esencia real como apta para y ordenada a existir, sin que la existencia añada ninguna entidad, lo que le llevará a Heidegger a afirmar en su obra *Los problemas fundamentales de la fenomenología*:

---

[15] José Ángel García Cuadrado, "La armonía de las facultades en la gnoseología de Francisco Suárez", *Pensamiento: Revista de investigación e información filosófica*, 71, nº, 267 (2015): 587-615.

[16] García Cuadrado, "La armonía de las facultades", nota 7, 588.

[17] Sergio Rábade, "Las *Disputacionesd Metafísicas* de Suárez: Innovación y proyección", *Arbor*, vol. 159, 625 (1998): 45-60.

[18] Suárez, *Disputaciones metafísicas*, disp. II, sección 1ª, tomo I, 360-373.

[19] Suárez, *Disputaciones metafísicas*, disp. VII, sección 1ª, tomo II, 25-36.

"La existencia no añade nada. Esto es exactamente la tesis kantiana… Suárez está de acuerdo en cierto modo con Kant al decir que la existencia, la actualidad, no es predicado real alguno"[20].

Es importante tener presente que tan solo he señalado alguno casos en los que el tratamiento de las cuestiones por parte de Francisco Suárez no sólo es, en gran medida, rompedor, por rescatar, en ocasiones, ideas alejadas de la tradición vigente, y en gran medida original, novedoso, proponiendo soluciones poco comunes, sino que además, sin duda, influirá notablemente en la filosofía posterior; pero, como he indicado, son tan solo algunos ejemplos, pues un estudio detenido de su obra revela la presencia de muchas otras ideas que, parece, impactaron en los pensadores que leyeron su obra. ¿Qué sentido tiene entonces preguntarse si la filosofía del insigne jesuita forma parte de la modernidad o no?, sin duda, parte de sus propuestas han sido aprovechadas, asumidas o incorporadas a su filosofía por representantes genuinos de la modernidad, pero ¿hace esto de Suárez un pensador moderno? No necesariamente, y no porque la actitud de Suárez ante la filosofía, ante la metafísica, por tanto, ante el pasado, la autoridad, la ciencia y la razón misma, no es la que caracterizará a los autores que conocemos como modernos.

Francisco Suárez es un teólogo. Pero esto, en el contexto escolástico del siglo XVI que recoge una rica tradición medieval, quiere decir más de lo que para muchos significa esta afirmación en la actualidad. Es un teólogo porque entiende que es en la teología donde se dilucidan las cuestiones vitales, existenciales; es la teología una responsabilidad irrecusable, tal como Sócrates entendía que lo era la filosofía. Lo que ya desde el siglo XIII se llama filosofía, para él, frente a la teología, no es sino una herramienta necesaria; porque no es posible la teología sin la filosofía. Pero la filosofía, sin la teología, es un deseo sin posible satisfacción, una búsqueda condenada al fracaso.

Cuando escribe las *Disputaciones* y expone el motivo y plan de la obra al lector, afirma: "Como es imposible que uno llegue a ser buen teólogo sin haber sentado primero los sólidos fundamentos de la metafísica, por lo mismo siempre creí importante, cristiano lector, ofrecerte previamente esta obra que –debidamente elaborada– pongo ahora en tus manos, antes de escribir los *Comentarios Teológicos*, de los que parte vieron la luz ya, parte me esfuerzo en terminar lo antes posible, con la gracia de Dios"[21]. Más adelante podemos leer: "De tal manera desempeño en esta obra el papel de filósofo, que jamás pierdo de vista que nuestra filosofía tiene que ser cristiana y sierva de la teología divina. Este es el fin que me he propuesto no sólo en el desarrollo de las cuestiones, sino mucho más en la elección de las sentencias u opiniones, inclinándome por aquellas que

---

[20] Martin Heidegger, *Die Grundprobleme der Phänomenologie*, Frankfurt: Vittorio Klostermann, 1975, 112.

[21] Suárez, *Disputaciones metafísicas*, Motivo y plan de toda la obra; al lector, tomo I, 17.

me parecían ser más útiles para la piedad y doctrina revelada"[22]. Y, en este sentido, añade: "Por este motivo, haciendo a veces un alto en la marcha filosófica, me ocupo marginalmente de algunos problemas teológicos, no tanto por detenerme a examinarlos o explicarlos minuciosamente –cosa que sería ajena a la materia de que ahora trato–, cuanto para señalar como con el dedo al lector con qué procedimiento se han de adaptar *los principios metafísicos a la confirmación de las verdades teológicas*"[23].

Llevado por el celo teológico, como hemos visto, decide abordar de un modo original y novedoso las cuestiones de metafísica; pues es necesario depurar, afinar, potenciar esta herramienta. Y es esto lo que le impulsa a escribir unas disputaciones, es decir, a entrar en diálogo fructífero, a contrastar soluciones, propuestas, precisiones, con toda la tradición metafísica. Y adopta este método porque, es importante señalarlo, no considera que el pasado deba ser puesto entre paréntesis, como sospechoso; no estima que sea necesario empezar de cero; todo lo contrario. Aristóteles, citado 1735 veces, y Santo Tomás, que lo es en 1080, siguen siendo referencias fundamentales; como en menor medida Escoto, San Agustín, Cayetano, Soncinas, Averroes, Durando…

Suárez, aun siendo enormemente agudo, original incluso, piensa, de hecho, en el interior de una tradición de raigambre aristotélica, lo que probablemente hace que, en el conjunto de su amplia obra, plena de referencias a pensadores antiguos y contemporáneos, no sea prácticamente posible encontrar alusiones a lo que estaba pasando en la ciencia de su momento, al nuevo camino que tomaba, con la extraordinaria revalorización de la matemática.

Sin duda este punto distancia al doctor eximio de pensadores considerados modernos como Descartes, que en sus *Reglas para la dirección del espíritu* afirmaba que "aquellos que buscan el recto camino de la verdad no deben ocuparse de ningún objeto que no pueda tener una certeza igual a la de las demostraciones aritméticas y geométricas"[24]; y que en una carta de 1638 a Mersenne le confesaba, respecto de Galileo, "Encuentro en general que filosofa mucho mejor que el vulgo en que abandona cuanto le es posible los errores de la Escuela, y trata de examinar las materias físicas por razones matemáticas. En esto estoy totalmente de acuerdo con él y considero que no hay otro medio de encontrar la verdad"[25]. Como sabemos, esta senda será seguida por pensadores como Spinoza o Leibniz, para quienes la nueva exigencia del saber es exigencia matemática. Pero también será reconocida como un nuevo y fructífero camino por autores como Hume, quien, teniendo a la vista la física de Newton como mode-

---

22 Suárez, *Disputaciones metafísicas*, Motivo y plan de toda la obra; al lector, tomo I, 17.

23 Suárez, *Disputaciones metafísicas*, Motivo y plan de toda la obra; al lector, tomo I, 17-18.

24 René Descartes, *Reglas para la dirección del espíritu*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, 72.

25 *R. Descartes a Mersenne*, 11 de octubre de 1638; *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*, introducción, Madrid: Tecnos, p. XXXV; G. Rodis-Lewis, *L'Oeuvre de Descartes*, Paris: Vrin, 1971, 21.

lo, afirmará en el apéndice IV de su *Historia de Inglaterra* "La honra de las letras inglesas bajo el reinado de Jacobo fue Lord Bacon […]. Si se le considera simplemente como autor y filósofo aunque a todas luces es muy estimable bajo este concepto, que es bajo el que se le considera en el día, es muy inferior a Galileo, su contemporáneo, y quizá también a Kepler. Bacon mostró de lejos la ruta de la verdadera filosofía; Galileo no sólo la mostró, sino que él mismo marchó por ella a grandes pasos. El inglés no tuvo ningún conocimiento de la geometría; el florentino resucitó esta ciencia, sobresalió en ella y pasa por ser el primero que la aplicó, con los experimentos, a la ciencia"[26].

Decía Hume, ya en pleno siglo XVIII, que Bacon mostró de lejos la ruta de la verdadera filosofía, y Galileo marchó por ella. Un siglo después se tiene consciencia, por tanto, de que las cosas han cambiado. D'Alembert, por las mismas fechas, escribe en su *Discurso preliminar de la Enciclopedia*: "Descartes se atrevió al menos a enseñar a las buenas cabezas a sacudirse el yugo de la escolástica, de la opinión, de la autoridad; en una palabra, de los prejuicios y de la barbarie; y con esta rebelión cuyos frutos recogemos hoy, ha hecho a la filosofía un servicio más esencial quizá que todos los que ésta debe a todos los ilustres sucesores de Descartes. […] Si acabó por creer explicarlo todo, al menos comenzó por dudar de todo"[27].

En efecto, la duda, es más, la *epojé*, el poner todo entre paréntesis, el no buscar otra ciencia, como afirmaba Descartes, que la que pudiera hallar en sí mismo o en el gran libro del mundo abierto ante él y para él; el tomar un día la resolución de estudiar en sí mismo, alejado de los libros, consciente de haber admitido como verdaderas muchas cosas falsas, y de que es necesario, al menos una vez en la vida, tomarse en serio la filosofía, desechar toda opinión acreditada y empezar de cero, desde los fundamentos, como único modo de establecer algo firme y verdadero en las ciencias; esta actitud de ruptura con el pasado, de purificación, como único modo de acceder, desnudos, a la verdad, hasta ahora oculta bajo ropajes ajenos, se entenderá como el inicio de una nueva era, en la que será posible el triunfo de la luz, de la razón, frente a la obscuridad de la superstición.

No resultará extraño por tanto que, frente a la extraordinaria erudición de Francisco Suárez, Descartes prescinda de citas y autoridades; no deberá sorprender que mientras el pensador jesuita presenta unas valientes disputaciones, un diálogo sincero con la tradición, reconociendo el extraordinario valor de los pensadores que le han precedido, el matemático francés comparta unas persona-

---

[26] David Hume, *Historia de Inglaterra desde la invasión de Julio César hasta el fin del reinado de Jacobo II (1689)*, Barcelona: Imprenta de Francisco Oliva, Calle de la Platería, 1843, tomo III, Apéndice IV, 579.

[27] Jean Le Rond D'Alembert, *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, Buenos Aires: Aguilar, 1974, 103.

les, casi íntimas, meditaciones, en las que asistimos, absortos, al diálogo que entabla consigo mismo.

La filosofía ya no será una herramienta para ningún otro saber de orden superior. Es en el terreno de la filosofía donde nos jugamos la existencia; son las verdades descubiertas por el filósofo las que darán sentido a la vida, a la de cada uno; las que permitirán entender lo que somos y lo que es la realidad, de la que, en principio, tenemos noticia; las que nos permitirán progresar hacia la felicidad o fracasar en nuestra irrecusable búsqueda. Tan sólo necesitamos usar adecuadamente la facultad de la verdad, la razón; tan sólo hace falta purificarla, limpiarla de toda adherencia extraña, liberarla de la carne, del tiempo y sus sedimentos, la historia, que le impiden ver con lucidez lo que desde siempre ha estado ahí, ante ella para ella: la verdad.

> "Pensaba que como hemos sido todos nosotros niños antes de ser hombres y hemos tenido que dejarnos regir por nuestros apetitos y por nuestros preceptores, con frecuencia contrarios unos a otros y que, tal vez, ni unos ni otros nos ha aconsejado siempre bien lo mejor, es casi imposible que nuestros juicios sean tan puros y sólidos como lo habrían sido si, desde el momento de nacer, hubiéramos dispuesto del pleno uso de nuestra razón y nos hubiéramos guiado exclusivamente por ella"[28].

[28] René Descartes, *Discurso del método*, Madrid: Tecnos, 1987, 18.